

ESTEFANÍA POZZO

ES LA ECONOMÍA. VOS NO SOS ESTÚPIDA

**PRÓLOGO DE
LUCIANA
PEKER**



PAIDÓS

Es la economía, vos no sos estúpida

ESTEFANÍA POZZO

Índice

Prólogo. Salimos del clóset (y del colchón donde guardábamos la plata) para que hablar de dinero sea justo y sexy, <i>Luciana Peker</i>.....	11
Capítulo 1: Las mujeres y la economía	
¿asuntos separados?	15
Capítulo 2: Breve mapa para entender el sistema económico	29
1. ¿Qué es el dinero? ¿Cómo surge?.....	31
2. ¿Qué hace un Banco Central?.....	33
3. ¿Por qué son importantes las reservas internacionales?	
¿Cómo consigue dólares un país?.....	35
4. Si el Banco Central emite el dinero, ¿quién toma las decisiones en la economía?.....	37
5. ¿Qué son las tasas de interés? ¿Por qué son importantes para la economía?	38
6. ¿A qué se llama “oferta y demanda” y por qué siempre se habla de eso en economía?	40
7. ¿Qué es el PBI?.....	42
8. ¿Qué rol tiene el Estado en la economía de un país?	42
9. ¿Qué son las finanzas?.....	43
10. ¿A qué se llama “economía real”?.....	45
11. La economía real y las finanzas, ¿tienen algo en común?	47
12. ¿Cómo funciona la Bolsa?	48
13. ¿Qué son las criptomonedas?	50

Capítulo 3: Hablar de plata es lo nuevo sexy	53
1. Las mujeres y el dinero, historia de una relación.....	57
2. El dinero en el hogar.....	60
3. El tiempo, el dinero y el camino de la valoración propia	62
Capítulo 4: De tesorera a CFO de la casa	71
1. Mamá, la tesorera del hogar	74
2. Pensar los presupuestos, el primer paso para convertirte en la jefa de la casa.....	76
3. ¿Cómo armo un presupuesto?	82
4. Aprender a defender el valor de nuestro trabajo.....	88
Capítulo 5: Camine, señora	93
1. ¿Qué causa la inflación?	97
2. Un poco de teoría: la inflación según las distintas escuelas económicas	101
3. Entender la inflación es planificar mejor nuestra vida cotidiana.....	105
Capítulo 6: El valor de la libertad	111
1. La violencia económica ¿qué es?.....	115
2. La importancia de la autonomía económica en el feminismo.....	118
3. ¿La independencia y la autonomía económica son lo mismo?.....	123
4. Una apuesta política: la autonomía relacional.....	124
Capítulo 7: Soy una mujer fuerte e independiente (pero que alguien me diga qué hacer con mis ahorros).....	129
1. Ahorrar no es lo mismo que invertir.....	132
2. El primer paso es ahorrar.....	132
3. Un clásico argentino: ahorrar en dólares.....	135
4. Pasitos de bebé en el mundo de las finanzas: entender el riesgo y el retorno.....	137
5. Determinar el perfil inversor	139
6. La vedete del mundo financiero: la tasa de interés.....	141
7. El mercado financiero: ¿y eso con qué se come?	144
8. Si no soy una loba de Wall Street, ¿qué hago con la plata?	150

9. Diversificación: nunca poner todos los huevos en la misma canasta	153
10. Papá Noel y las inversiones mágicas.....	155
11. Afinar el ojo: algo huele mal en tus <i>stories</i>	158
12. Ejercicio: pongamos a prueba nuestros conocimientos financieros básicos	160
13. <i>Bonus track</i> : los riesgos de endeudarse.....	161
Capítulo 8: Lo tuyo, ¿es tuyo?	165
1. Sí, quiero	166
2. ¿Y si vivimos juntos?.....	171
3. Una responsabilidad compartida: la manutención y el cuidado de los hijos.....	173
4. Más allá de las formas, ¿cómo organizamos la gaita en la pareja?	175
5. ¿Cuentas separadas conservan la pareja?	179
6. Infidelidad financiera	181
7. Mi amor, tenemos que hablar... de plata.....	182
Epílogo	185
Agradecimientos	187

Capítulo 1

Las mujeres y la economía, ¿asuntos separados?

Hace unos años, una consultora¹ hizo una investigación sobre quiénes eran las personas más consultadas por cuestiones económicas en la televisión y la radio, los dos medios más populares y masivos en la Argentina. El relevamiento fue exhaustivo y abarcó ocho meses de seguimiento en siete canales de noticias, cinco canales de televisión de aire y siete radios. Durante ese tiempo midieron cuántas entrevistas se hicieron a distintos especialistas, cuántos segundos duró cada una y quiénes eran los expertos que aparecían habitualmente en los medios con mayor audiencia del país. El resultado no les sorprenderá, porque *–spoiler alert–* absolutamente todos los analistas consultados fueron hombres. Según el estudio, entre el 28 de diciembre de 2017 y el 7 de septiembre de 2018 se hicieron 2152 entrevistas que, en total, insumieron 26.331 minutos. ¿Qué quiere decir esto? Que, si alguien se hubiera propuesto escuchar todas esas entrevistas de corrido una después de la otra, hubiera necesitado ¡dieciocho días! completos para hacerlo. De varones. Hablando de economía. Ok.²

1. Se trata de la consultora Ejes de Comunicación. Se puede ver el informe y más detalle en esta nota periodística: <bit.ly/2RLJ9sw>.

2. Años después, en 2021, esa investigación volvió a realizarse y, a pesar del paso de los años, hubo algo que no cambió demasiado. Analizaron 1444 entrevistas brindadas por 230 economistas, de los cuales 207 fueron hombres y 23, mujeres.

Pero la cantidad de horas y el monopolio masculino no son los únicos datos que nos deja esa investigación. Hay otra cuestión interesante: el informe encontró cuáles fueron las palabras más usadas por todos esos especialistas en su análisis de la coyuntura económica. ¿Quieren apostar? Seguro aciertan. Como estamos hablando de la Argentina, seguro-seguro aparecen dos palabras: “inflación” y “dólar”. Pues, claro. Pero no fueron las únicas. El top 10 de términos más utilizados fue: “Banco Central”, “dólar”, “gobierno”, “inflación”, “Marcos Peña”, “déficit fiscal”, “tasa de interés”, “mercado”, “Macri” y, en el último lugar, “FMI”.

Si combinamos todos los datos de la investigación, podemos sacar una conclusión interesante: el discurso público económico está dominado por varones, quienes, a su vez, son los que determinan cuáles son los temas importantes a los que se les debe prestar atención. Es decir: no solo hablan más, sino que también le van dando forma al debate colectivo sobre la economía nacional. Así, los temas importantes suelen estar vinculados a la macroeconomía, que en la Argentina siempre está presente por la inestabilidad general y las sucesivas crisis a lo largo de los años. Los términos que suelen usarse son inentendibles para la mayoría. Y esto no es inocente. Los tecnicismos dejan afuera a mucha gente que, agobiada por la dificultad, suele responder con frecuencia: “No, yo de economía no sé (o no entiendo) nada”. Y tienen razón. Es un lío.

Más allá de lo que hablen los señores de corbatas que pasean por los estudios de radio y televisión, vale la pena hacernos un par de preguntas: ¿solo la inflación, el dólar y el mercado de capitales son los temas relevantes para quienes se ocupan de la economía? ¿Por qué no aparecen mujeres en los medios de comunicación para hablar de estos temas? Las mujeres y la economía ¿son asuntos separados? Mis respuestas a esas preguntas son: “No”, “Patriarcado” y “No”.

Las mujeres siempre hemos estado ahí, en la economía. A lo largo de los siglos, contribuimos a producir y reproducir una parte fundamental de cualquier sociedad y, por ende, de su sistema económico: la fuerza de trabajo, es decir, las personas que, al crecer, nutrirán al sistema para hacer funcionar las máqui-

nas, las computadoras, los hospitales, los colegios, los gobiernos, los directorios de empresas, los bancos, los supermercados; y así podemos seguir y seguir. Es medio obvio lo que voy a decirles, pero, sin personas, la economía no existe y esas personas son paridas, criadas y cuidadas, en general, por las mujeres. Este aporte, como sabemos, no es valorado en términos económicos, sino que se asume como algo que debemos hacer nosotras por una supuesta predisposición maternal y una larga lista de justificaciones que resaltan características esenciales que vienen adosadas a una vagina. Sabemos, después de años de militancia feminista, que esta distribución desigual de las tareas de cuidado (y de todo lo que tiene que ver con el hogar) es la piedra basal del resto de las desigualdades en el sistema económico y que, por supuesto, no tienen nada de natural, sino que son construcciones sociales sobre los roles que las personas tenemos en la sociedad (occidental, por supuesto).

Pero esta no es la única relación entre las mujeres y la economía, porque además de la reproducción social trabajamos por un salario, ganamos nuestro dinero, tomamos decisiones de inversión importantes, consumimos, tenemos tarjetas de crédito, dirigimos empresas, somos políticas y otra larga lista de tareas en las que, en la actualidad, conseguimos desarrollar luego de años de lucha. Y digo con lucha porque, por ejemplo, en la Argentina recién se sancionó la legislación para habilitar el voto femenino en 1947, conseguir nuestra plena capacidad civil en 1968, divorciarnos con la garantía de la patria potestad compartida en la década de 1980 y tener garantizados nuestros derechos sexuales y reproductivos en 2020, con la aprobación de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo. Resulta interesante una lectura que Virginia Woolf hace en su libro *Tres guineas*, porque ella argumenta que es más importante el “derecho a ganarse la vida” que el derecho al voto. “Como su familia ya no tiene poder de castigarla económicamente –dice Woolf–, ella puede expresar sus propias opiniones”.

Antes de seguir hablando de economía, les propongo que hagamos, ustedes y yo, un acuerdo: no hay características “naturales” intrínsecamente femeninas o masculinas en ningún aspecto

y, mucho menos, alrededor de la economía y el dinero. Nacer con una genitalidad no significa tener una aptitud especial para ciertas cuestiones, o responsabilidades y obligaciones preestablecidas, sino que, por el contrario, esos manuales se meten en nuestras mochilas cuando la ecografía revela el sexo que tendrá ese nuevo ser humano en potencia. Y digo “sexo” porque así se construyó el biologicismo, borrando todo rastro que cuestione el ordenamiento sagrado pene-vagina. Pero el mundo es mucho más que un par binario. Este acuerdo es un punto de partida fundamental por un aspecto: si coincidimos en que la sexualización de nuestros lugares en la sociedad es una construcción, tenemos el poder de repensar los estereotipos de género. También podemos deconstruir nuestra relación con el dinero, analizar qué acuerdos se consolidan a través de él, entender qué miedos e inseguridades vehiculiza y una larga lista de replanteos que emprenderemos en esta aventura conjunta: ustedes en la lectura de este libro y yo en la escritura.

Si las mujeres y la economía no son asuntos separados, ¿por qué, entonces, los varones monopolizan la palabra? La historiadora y escritora Mary Beard³ encontró una pista interesante en la relectura de los textos clásicos y, en particular, en uno de los libros más antiguos de la literatura occidental: la *Odisea*, atribuida a Homero. Este poema griego cuenta la historia de Ulises y su regreso a Ítaca después de la guerra de Troya, que duró cerca de una década. Penélope, su esposa, promete esperarlo durante el tiempo que dure la batalla. Pero Penélope es una mujer muy bella y sus pretendientes van llegando a su casa, donde se instalan, a la espera de que elija otro hombre con quien casarse. Para estirar el tiempo, Penélope les dice que hará su elección cuando termine de tejer un sudario, así que por las noches se dedica a destejer lo que teje durante el día. Así, los días de Penélope se suceden entre hilos tejidos y destejidos una y otra vez para darle tiempo a su marido a que regrese a casa (por si no leyeron la *Odisea*: la pobre Penélope espera veinte años!).

3. Beard, Mary. *Mujeres y poder*. Barcelona, Crítica, 2018.

Un día, el canto de un poeta que recitaba las penurias de los hombres en la guerra cautiva la atención de Penélope. La mujer abandona su habitación en el primer piso del palacio y baja las escaleras para escuchar el recitado. Desde allí, llorando, le pide al poeta que deje ese canto triste porque el recuerdo de Ulises le causa un profundo dolor. Inmediatamente su hijo Telémaco interviene: *“Madre mía, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca... El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa”*. Este, dice Mary Beard, es el primer registro en la literatura occidental de un hombre callando a una mujer (¡qué tupé ese hijo!). Si dejamos al margen la orden de hacer callar a Penélope, lo interesante de la intervención del muchachito es el contenido de lo que dice: los asuntos de mujeres son los quehaceres cotidianos y el relato es cosa de hombres. Qué loco, ¿no? La inhabilitación de las mujeres para formar parte del debate público y su reclusión en el ámbito privado es quizás una de las normas sociales más antiguas de Occidente.

¿Qué implica esto para el debate público de la economía? Como el relato económico está al cuidado de los hombres, son ellos quienes definen los temas de los que se habla y, por supuesto, los asuntos hogareños no son relevantes. Ahora entendemos por qué llevó tanto tiempo integrar en la discusión económica el inmenso aporte de las tareas de cuidado y de la gestión de los hogares que las mujeres hacemos todos los días. Solo a raíz de la potencia de la militancia feminista, que viene de lejos pero que tuvo un impulso especial a partir de la masiva movilización de #NiUnaMenos en 2015, ese tema se instaló en la agenda pública y obligó al Estado y al sector privado a tenerlo en cuenta en la toma de decisiones.

Pero subamos un escalón más. Miremos más allá de lo evidente. La filósofa Diana Maffia⁴ explica que los estereotipos sobre lo femenino y lo masculino funcionan basados en la dicotomía. A

4. Maffia, Diana. “Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica”. Disponible en <dianamaffia.com.ar/archivos/Contra-las-dicotom%C3%A4Das.-Feminismo-y-epistemolog%C3%ADa-cr%C3%ADtica.pdf>.

cada concepto, dice, oponemos uno antagónico y conformamos así pares de conceptos “exhaustivos y excluyentes”. Lo universal se opone a lo particular; lo abstracto a lo concreto; lo racional a lo emocional; la mente al cuerpo, los hechos a los valores, lo público a lo privado, y así sucesivamente. “Esto no sería problema para nosotras las mujeres si no fuera porque esos pares están sexualizados”, reflexiona Maffia. Si repasan la lista de conceptos, verán que universal, abstracto, racional, mente, hechos y público son atributos que suelen identificarse con lo masculino, mientras que particular, concreto, emocional, cuerpo, valores y privado se identifican como rasgos femeninos. El tema no es que los pares dicotómicos están solo sexualizados, sino que también están jerarquizados. Así, la racionalidad se identifica como un atributo masculino y se encuentra por encima de la emocionalidad de las mujeres; lo público es más importante que lo privado; o la mente está por encima del cuerpo.

Tomemos un ejemplo de conceptos económicos: pensemos en la dupla “micro y macroeconomía”. ¿Qué entendemos por cada uno de ellos? Recurramos a la definición del libro que más se usa en las carreras de Economía de las universidades. El señor Paul A. Samuelson⁵ dice que la microeconomía “es la rama de la economía que se ocupa de la conducta de entidades individuales, como los mercados, las empresas y los hogares”, mientras que la macroeconomía analiza “el funcionamiento general de la Economía” (así, con mayúscula). Si leyeron detenidamente hasta aquí seguramente se les encendió alguna parte del cerebro que, inquieto, detecta algo raro. ¿Será que ese par también está sexualizado y jerarquizado? Lo dejo a tu criterio, diría la comandanta Karina Jelinek.

Hay otro dato de la investigación de los economistas en los medios que todavía no les conté. De los veinticuatro señores que pasearon en la televisión y la radio para opinar y analizar la economía entre 2017 y 2018, el 83% pertenece a la tradición econó-

5. Samuelson, P.; Nordhaus, W. y Pérez Enrí, D. *Economía*. Buenos Aires, McGraw-Hill, 2003.

mica más liberal. De los restantes cuatro, uno es especialista en consumo, uno es periodista y los otros dos, economistas críticos del liberalismo. Vemos de esta manera que la concentración es múltiple en los medios: de un género sobre otros, de unos temas sobre otros y –esto es muy importante– de una mirada de la economía sobre el resto de las perspectivas existentes.

Así, lo que escuchamos año tras año en los medios de comunicación es un montón de varones diciendo que el gran problema de la Argentina es el déficit fiscal o que la inflación se explica únicamente por la emisión monetaria (no desesperen, más adelante voy a explicarles estos términos). El problema con estas explicaciones es que niegan el presupuesto ideológico sobre el cual están construidas: se presentan como si fueran verdades reveladas apoyadas en cálculos matemáticos y términos técnicos que, como la mayoría no entiende, no puede cuestionar.

Pero la economía, mis amigos, siempre es política. A través de nuestras decisiones económicas estamos diciendo mucho respecto de cómo pensamos y vivimos el mundo. Y eso se potencia aún más cuando hablamos de las grandes instituciones o actores económicos, responsables de implementar decisiones que literalmente le cambian la vida a un montón de personas.

Tomemos un ejemplo que permita poner en tensión todas estas cosas: la jubilación. Las leyes previsionales contemplan que una persona, después de haber aportado durante una determinada cantidad de años (treinta, en la Argentina) y cumplido una edad específica (65 los varones y 60 las mujeres), pueda retirarse de la vida laboral activa y pasar a recibir un haber mensual, que llamamos “jubilación”. La condición fundamental para acceder a esa jubilación son los aportes previsionales, y eso requiere dos cosas: haber tenido un trabajo remunerado y que ese trabajo haya estado registrado. Dos aspectos que, en la Argentina, a veces son muy difíciles de lograr. En primer lugar, porque es muy alto el desempleo, y además sabemos que, por lo general, para las mujeres, trabajar fuera de sus casas tiene complicaciones derivadas de su rol de cuidadoras dentro de sus hogares. Y, en segundo lugar, porque del total de trabajadores argentinos, alrededor de 36% no tiene descuentos jubilatorios. Así que partimos de una

base complicada: muchas mujeres y otros trabajadores no llegan a hacer los aportes necesarios durante su vida activa. Esto quiere decir que esas personas, cuando estén en edad de jubilarse, no podrán hacerlo.

¿Qué hace el Estado frente a esa situación? Podría hacer muchas cosas, pero, para resumir, pensemos las dos opciones más sencillas: no hacer nada, por lo que de hecho esas personas no cobrarán jubilación, o buscar la manera de que esas personas hagan los aportes mientras cobran algún dinero. Esto último fue lo que hizo el Estado argentino a partir de 2005, una decisión que popularmente conocemos como “jubilación de amas de casa” o “moratorias”.⁶ El impacto de esta decisión fue que, quince años después, la cantidad de personas que accedió a una jubilación creció un 116%. Y aquí aparecen las tensiones: un economista más liberal mirará la composición del gasto del Estado y advertirá que alrededor del 30% del presupuesto nacional se destina al pago de prestaciones previsionales, así que muy probablemente considerará un problema haber reconocido esos beneficios. Ese economista se pasará por los canales de televisión y dirá que es una barbaridad, que el Estado argentino no puede pagar eso y que la gente “envejece para cobrar jubilaciones” (por las dudas para quien no lo haya entendido: esto último es una paráfrasis del “se embarazan para cobrar planes”). Lo que esconde el tecnicismo de los números es lo que le da cuerpo a esas cifras: las mujeres que se quedaron en sus hogares cuidando, limpiando y ocupándose de que todo funcionara para la familia ¿no trabajaron realmente? Las personas cuyos empleadores no les hicieron los aportes porque no las registraron como correspondía ¿tampoco trabajaron? Y aquellas personas que trabajaron por su cuenta toda la vida buscando el mango pero sin tener ningún tipo de aporte ¿tampoco trabajaron? Esas preguntas –que le ponen cara, cuerpo, nombre y apellido a las cifras– no suelen estar presentes en las discusiones de la ortodoxia económica. Y, como vimos que

6. Para un mayor detalle de las moratorias previsionales, vean <www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-147445-2010-06-12.html>.

la abrumadora mayoría de quienes opinan en los medios por lo general defienden esta perspectiva económica, tampoco serán parte del debate en los programas de mayor audiencia del país.

Ahora miremos los efectos concretos de la moratoria. ¿Qué personas pudieron jubilarse a raíz de esa decisión del Estado? Mayoritariamente, las mujeres. Antes de que se implementara, menos de un millón de mujeres cobraban jubilación. A partir de la implementación de la moratoria, ese porcentaje fue creciendo sostenidamente hasta alcanzar 3,2 millones de mujeres en marzo de 2020. Para que quede claro: el 77% de las jubiladas cobra su prestación gracias a que se implementó una moratoria previsional. Sucede lo contrario en el caso de los varones: la mayor parte de los jubilados accedió a su beneficio por cumplir con los años de aporte necesarios. Ya vamos viendo cómo todo encaja con todo.

Va quedando cada vez más claro que las mujeres y la economía no son, bajo ningún aspecto, asuntos separados. Pero no solo por el aporte económico que hace el trabajo doméstico y de cuidados, sino porque además formamos parte activa del resto de las esferas económicas. Hoy en la Argentina alrededor del 45% de los hogares tienen una jefa de hogar, es decir que una mujer es la encargada de mantener económicamente todas las necesidades de quienes lo habitan. Los datos oficiales muestran además que la mayoría de los hogares argentinos (el 79%) tienen más de dos integrantes, así que gran parte de esas jefas de hogar tendrá a cargo, en su abrumadora mayoría, al menos a una persona. Se suman en este caso múltiples presiones: la del trabajo fuera del hogar por una remuneración y la del lugar asignado dentro de la casa con toda la responsabilidad de gestionar la vida (y la crianza, si hay niños) de las personas que lo integran.

Si contamos la cantidad de personas que trabajan en el sector productivo, según la Superintendencia de Riesgos del Trabajo, de las 8,8 millones que tienen algún tipo de cobertura, el 39,4% son mujeres. A pesar de la incorporación de las mujeres como fuerza de trabajo fuera de sus hogares, existe una dificultad para continuar la carrera profesional. En la Argentina, con base en datos de 2019 provistos por la Comisión Nacional de Valores, un

49,6% de las compañías todavía no tiene ninguna mujer en su directorio. Y, de las que la tienen, el porcentaje de mujeres que llegan a la presidencia es del 5,9%. Si ampliamos el criterio y miramos los directorios completos, ese porcentaje llega al 11,4% del total de cargos directivos. No por casualidad la Organización Internacional del Trabajo (OIT) ubicó a la Argentina como el segundo peor país de la región, detrás de Chile, en la proporción de empresas en las que una mujer ocupa el cargo directivo de máximo nivel.⁷ Esta imposibilidad de las mujeres de acceder a los cargos más altos de gestión tiene que ver con los famosos techos y paredes de cristal, que las ubican en áreas feminizadas de la compañía (como recursos humanos), que no suelen tener proyección ascendente, y por las distintas barreras, invisibles pero existentes, que impiden su crecimiento (como considerar que una mujer enérgica es “mandona” y por eso valorarla negativamente). Generalmente esas barreras están vinculadas con la cultura de la organización, que en el mejor de los casos es ciega a la discriminación por género o, en el peor, es abiertamente machista. Lo peor de todo es que las empresas esconden esto detrás del argumento de la capacidad, porque suelen explicar que los ascensos profesionales tuvieron en cuenta el mérito de los empleados y no su género.

A pesar de los obstáculos y dificultades, está claro que no son solo los varones quienes conforman el sistema económico productivo. ¿Por qué, entonces, si aportamos el trabajo doméstico y de cuidados no remunerados, somos sostén de hogar, trabajamos por un salario fuera de nuestras casas, dirigimos (no muy frecuentemente) empresas y formamos parte de los distintos poderes del Estado –entre muchos etcéteras–, las mujeres no hablamos de economía? La economista Lucía Cirmi Obón, integrante de un grupo de periodistas y economistas llamado Paridad en la Macro (que busca, justamente, disputar la hegemonía masculina

7. Organización Internacional del Trabajo, *Argumentos para un cambio*, 2019. Se puede consultar en <www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_700977.pdf>.

en las discusiones económicas) planteó en una nota periodística⁸ que “vivimos en un mundo donde las mujeres y otras identidades feminizadas corremos en desventaja”. “Dedicamos mucho más tiempo a un trabajo que la propia economía no considera ‘económico’ pero que definitivamente necesita para funcionar: ¡cuidar! [...] Esa desigualdad, así como la desvalorización de la tarea, sin duda inciden en nuestro desarrollo profesional, más allá de los títulos que hayamos obtenido. Es decir que, en parte, no ‘estamos’ en las fotos porque estamos cuidando en las casas”.

“Pero esa división sexual del trabajo –sigue Lucía– tiene consecuencias aun para las profesionales que no cuidan. Por esos mismos estereotipos acerca de las capacidades ‘sensibles’ y de cuidado femeninas y la supuesta predisposición masculina para las cuestiones racionales y la ‘ciencia dura’ es que se espera que las economistas mujeres se aboquen a tópicos sociales, estudios del trabajo y las propias cuestiones de género. Los ‘fierros’, las finanzas, la energía y la coyuntura macroeconómica parecen ser temas reservados a los varones y, aquellas que osan disputarlo, entran en un terreno hostil. Lo que entre varones es una diferencia de opinión, un punto de vista distinto sobre tal o cual variable, en nosotras se lee como un error conceptual y hasta se cuestionan nuestros títulos”.

Volvamos ahora un momento a Mary Beard. La historiadora inglesa, además de proponer un posible momento inaugural del mandato del silencio de las mujeres, asegura que la capacidad de hablar en público configura un atributo de la masculinidad. ¿Qué costo tiene para una mujer apartarse del mandato del silencio y de los temas del hogar?, se pregunta. Alto, concluye. Hablar públicamente de temas tradicionalmente vedados no solo tensiona la dicotomía saber/no saber sino también la de animarse/no animarse. ¿A qué nos exponemos si rompemos la regla del silencio?

Voy a hacer un paréntesis de los datos para contarles una experiencia personal. Me dedico al periodismo de economía desde

8. La nota se puede leer en <www.baenegocios.com/columnistas/Por-que-hace-falta-paridad-en-la-macroeconomia-20200915-0127.html>.

2011, cuando entré en la redacción de un diario especializado en economía y finanzas. En 2015, con la emergencia de Ni Una Menos y a propósito del fundamental aporte que la organización Economía Femini(s)ta hizo al debate público para ponerle números a las desigualdades, empecé a notar que todas las fuentes de mis notas provenían de varones. Les escribía a cualquier hora, con cualquier consulta, y los señores respondían. Si yo tenía una duda, me explicaban. Si quería un dato, me ayudaban a encontrarlo o lo construían. Si era tarde, domingo, feriado o lo que fuere, no importaba, allí estaban ellos dispuestos a dar su testimonio a una periodista. Entonces dije: no, esto está mal, tengo que poder hablar con mujeres sobre economía. Fue entonces cuando me propuse construir la paridad de fuentes: en mis artículos siempre habría 50% mujeres y 50% varones. En la era de las redes sociales, en la que cualquier manifestación de este tipo puede volverse en contra porque siempre hay personas dispuestas a auditar el detalle de la vida de otra gente, pensé que quizás no era lo mejor decirlo públicamente sino tomarme un tiempo para ir construyendo el camino lentamente. Empecé a hablar con las consultoras especializadas para pedir por analistas mujeres, hice un esfuerzo por ampliar mis círculos de relaciones para conocer a más economistas y les pedí a los varones con los que hablaba el contacto con sus colegas mujeres. De a poco, las mujeres fueron apareciendo.⁹

Pero entonces me topé con otras dificultades: por lo general, las economistas respondían más lento que los varones y, además,

9. La división varón/mujer en este capítulo revela varios problemas: en primer lugar, el biologicismo sobre el que están construidas las estadísticas oficiales. No tenemos, al momento de publicarse este libro, ninguna serie de datos oficial que incluya otros géneros. En segundo lugar, también revela que las personas travestis, trans y no binarias tienen múltiples barreras de acceso a los espacios de formación, derivadas de la situación de exclusión estructural a las que son sometidas por su identidad. Es revelador el aporte de la activista travesti Lara María Bertolini a la teoría del derecho, en su libro *Soberanía travesti. Una identidad Argentina* (Buenos Aires, Acercándonos, 2020). Apuesto a que podamos también pensar en una economía *queer* o travesti/trans, si bien no es a las personas cisgéneros a quienes nos corresponde escribirla. Espero ansiosa.

solo opinaban de los temas sobre los que estaban muy seguras. Todas pensaban que, con cada testimonio, tenían que tener una idea reveladora y profunda con una recopilación de todos los datos disponibles. Casi que pedirles una opinión era ponerlas a escribir un *paper* para presentar en una revista especializada. Fue así que me di cuenta de que, si quería ir sumando voces de mujeres, tenía también que hacer una apuesta por construir relaciones de confianza y, además, ayudarlas a adquirir herramientas para hablar públicamente sin miedo. Entonces armé un taller. ¿Saben cuáles eran los miedos más recurrentes que les causaba hablar en público? Cometer un error, ser agredidas y decir algo que después “no resista el archivo”. ¿Se imaginan el nivel de presión que significa ser perfecta, no cometer errores, tener una idea original y única, saber todos los datos por las dudas, aunque no se los pregunten y, además, estar preparada ante una eventual agresión? Qué estrés. Todos miedos que, si les preguntamos a los economistas varones, seguramente no tienen, porque están autorizados socialmente a ser mediocres. Por varios motivos: porque tienen habilitada la palabra, porque no necesitan decir grandes cosas para ser consultados y, sobre todo, porque nadie va a estar pendiente de decirles que son burros por haber cometido un error o no saber un dato. Mi apuesta como periodista fue, además de sumar las voces de esas mujeres, construir relaciones en las que esa voz surja, se fortalezca, encuentre una forma y, eventualmente, se convierta en una referencia.

Por todo eso este libro es una apuesta política: hay que hablar más de economía. Es cierto que hay una parte en la que es un saber técnico relacionado a ciertos cálculos matemáticos, pero no hay que olvidar que lo que hace la economía es organizar y distribuir lo que una sociedad produce y lo que necesita para sobrevivir. Los sistemas económicos organizan la vida personal y social. Esa distribución y organización de una sociedad no puede ser solamente patrimonio de algunas personas. Y mucho menos un patrimonio único de los varones. ¿Se suman?